

AUSENCIA.

La gasa de los cielos salpicada
De mil estrellas de plateada luz,
El sol iluminando el firmamento
En su extensión azul:

Las flores y las aves de los bosques
Glorias de la amorosa juventud
¿Qué valen para mí, si enamorada
No me las muestras tú?

La lobreguez de noche tempestuosa
Que todos sienten con horror venir.
La soledad en medio de esa noche
En un bosque sin fin,

El incendio terrible, la cruel muerte,
Del huracán el sordido rugir,
¿Qué pudieran hacerme, vida mía,
Estando junto á tí?

¡Oh! ¡cuánto es mi deseo por mirarte
A mi lado embriagada de pasión.
Para que luzca ante mis ojos
Bella la vasta creación!

¡Con qué placer desataré los lazos
Que me ligan á ausencia tan atroz
Donde por no mirarte, pobre y triste
Todo lo encuentro yo!

E. HORTSMAN.

EL ARROYO.

Ese arroyo que corre sin parar,
Vuelve, niña, á su origen, que es el mar.
En vapor convertida
El agua del mar sube
Y forma por los vientos impelida,
Forma la inquieta nube.
Y la nube se extiende
Con sus senos hinchados,
Y en lluvia disolviéndose, descende
Sobre montes y prados.
La lluvia descendida
Se reúne en los hoyos,
Pero busca al momento la salida
Y forma los arroyos,
Y el arroyo corriendo sin parar,
Vuelve, niña, á su origen, que es el mar.
Tales las leyes son, amada mía,
Que eternamente para todos rigen.
Almas y cuerpos se unen, se separan,
Y entonces cada cual vuelve á su origen.

J. MARTÍ Y FOLGUERA.

CRÓNICA TEATRAL.

LUCIA.

Partitura de Donizetti.—Letra de Cammarano.

REPARTO.

Lord Enrique Asthon.....	Sr. Quintili Leoni.
Lucía.....	Srita. De Vere.
Sir Edgardo de Ravenswood.....	Sr. Lorini.
Lord Arturo Duklaw.....	Sr. Ragni.

Era aquella época de refinado espiritualismo, en la que las sociedades, con arranques volterianos á veces, y como fatigadas de las grandes luchas que ensangrataron nuestro siglo al nacer, adoraban un pasado para siempre muerto; en la que todo tenor casero y todo poeta platicaba con la luna ó soñaba con una torre del homenaje en un paisaje escocés, ó con un minarete árabe en el oasis de Andalucía.

Schiller y Walter Scott habían lanzado el germen; y el romanticismo había

ya vivificado cuando llegó á Paris Donizetti, que estudiante desertor de las aulas se había hecho aplaudir en las escenas italianas.

Cuéntase que el dulce maestro italiano tuvo en sus comienzos un punto de contacto con García Gutiérrez, cuya reciente muerte aun deploran las letras españolas: como el autor del *Trovador*, de *Juan Lorenzo*, de *Llamada y Tropa* y de *Crisálida y Mariposa*, Donizetti estaba también enganchado en un regimiento, y fué también el aplauso público que lo aclamó en un teatro (en Venecia) el que lo libró del servicio militar. Tenía entonces veinte años, y cuando ya Rossini se había envuelto en el mutismo después de su *Guillermo Tell*, llegó á Paris y dió á la Sala Ventadour su obra maestra, según muchos: *Lucía de Lamermoor*, estrenada en Nápoles en 1835, y que había consagrado con sus aplausos la Scala de Milán en 1837. Del teatro de los Italianos pasó la partitura á la Gran Ópera en 1846, con letra francesa de Roger y Waëz, y la parte de Edgardo fué cantada por el célebre Duprez.

Aún vive Duprez; lo menos una vez por semana lo encontraba yo como vecino de butaca en la Ópera Cómica, levantándose entusiasmado para aplaudir á su discípula predilecta que entonces llevaba aún el nombre Billbault Vauchellet, y haciéndonos á todos *Claqueurs* voluntarios de aquella *diva* parisiense. Fué él mismo quien nos contó á Blavet y á mí, cómo empezó la locura de Donizetti, debida según unos al exceso de placeres, y según otros al trabajo. Duprez afirma lo segundo.

Comenzó Donizetti por tomar continuamente arroz con leche, luego por buscar camorras con los mozos del café Riche, después por ir á buscar á todas horas á Mr. Guizot, y por último, por intentar colgarle un cartel en la espalda que decía simplemente: «*Hoy he engañado al Presidente del Consejo.*»

Conducido al manicomio particular del Dr. Blanche, cayó en la imbecilidad, sólo una vez se despertó á medias su inteligencia oyendo tocar el *aria de la locura de Lucía*.

«Extinguióse su vida, dice Clement, en 8 de Abril de 1848. Las poblaciones de la Península estaban á la sazón en lucha contra los austriacos, y por una rara coincidencia las campanas que doblaron por la muerte del gran compositor, mezclaron sus lúgubres acentos con los estampidos del cañón, disparado para celebrar la victoria de Goito.»

«D. Sebastián me mata,» había dicho Donizetti, y esa misma partitura de D. Sebastián, fué un fracaso en la Gran Ópera. Mi querido amigo, el maestro Yazenga, que entonces estudiaba en Paris, subvencionado por el duque de Osuna, y que ha desentrañado de esa obra un antiguo cántico portugués, atribuye aquel mal éxito á la impresión que acababa de producir la trágica muerte del duque de Orleans en Neuilly.

«Donizetti, dice Scudo en su *Literatura Musical*, debe ocupar el primer rango después de aquel destinado al genio: será clasificado en la historia del arte inmediatamente después de Rossini, del cual fué el más brillante discípulo, y vivirá en la posteridad por su obra maestra, *Lucía*, que es una de las más encantadoras particiones de nuestro siglo.»

El libreto está tomado de la novela de Walter Scott: *The Bridal of Triermain*, y es uno de los raros libretos escritos con sentido común. La novela de Scott publicada anónimamente en 1813, se prestaba al genio del maestro que vino á representar en el drama lírico á la corriente romántica, y cuando Paris se entusiasmaba con la *Dama Blanca* de Herold, y los escépticos de la gran ciudad eran por el estilo de los del *Armanee* de Standalt.

«*Une teinture de mélancolie*, dice otro crítico, *répandue sur toutes les parties de l'ouvrage, lui donne le caractère d'unité si rare sous les partitions italiennes.*»

Pero también los detalles son hermosos: la aria coreada de Astton, la de Lucía, el duo entre ambos, cuyo canto de violones y el *larghetto* con ritornelo de flautas, son admirables; el séxtuor, cuyas medidas van desde $\frac{9}{8}$ á $\frac{12}{8}$; el duo del desafío; la aria *O bell'alma innamorata*, sobresalen en aquel conjunto artístico que inspiraron los otoños de Escocia y que tradujeron en música los effluvios del cielo italiano.

A nuestro público ha gustado siempre esta partitura, que está acostumbrado á oír por artistas como Salvi, Sontag, Repetto, Peralta, Beneventano.

En cuanto á la ejecución sólo debe decirse una cosa, y es que la Srita. De Vere obtuvo, la noche del domingo último, el más legítimo de los triunfos.

Clementina De Vere es una maga del canto; á su voz límpida, armoniosa, con timbre de oro, reúne una correcta escuela de canto y un alma de artista. El público la aclamó con el entusiasmo de la admiración, y encadenados los corazones todos, se postraron enternecidos desde esa noche á los piés de *Lucía*.

GUSTAVO BAZ.